

Olentzero es un personaje que forma parte de la mitología vasca y de las fiestas del solsticio de invierno. Los diferentes significados etimológicos tienen que ver con las celebraciones de invierno (carnavales, noche de difuntos...): *oles egiteko aroa* (época de ir pidiendo de casa en casa), *onen aroa* (los buenos tiempos), *olentzero enborra* (el tronco olentzero). Con respecto a este último, antiguamente era costumbre quemar un tronco, también conocido como *sukila* o tronco de Navidad, para despedir al último sol del año viejo. El año terminaba con el solsticio de invierno.

Como ocurre habitualmente en la mitología, el tronco de Olentzero acaba personificándose. Así, jóvenes de la zona noreste de Euskal Herria (Bortziriak/Cinco Villas...) comenzaron a hacer muñecos de Olentzero con paja y ropa vieja. Podían ser mujeres u hombres en función de la ropa que encontraban en casa: el género del muñeco no tenía ninguna trascendencia. Se lo echaban a la espalda y salían por las calles cantando y pidiendo por las casas, como se acostumbraba a hacer en las fiestas de invierno. A la noche lo quemaban en la plaza del pueblo, como el tronco de Navidad.

La figura de Olentzero de carne y hueso surgió en los años 70 y, a través de las ikastolas, se extendió por todo el País Vasco. Así se creó un personaje que identificaba la Navidad. Olentzero se unía a San Nicolás, Santa Claus, Père Noël y los Reyes Magos. En ese momento no existía una reflexión en torno al género y, siguiendo la tendencia de la época, se consideraba normal crear un Olentzero masculino, aunque los personajes originales no habían tenido marca de género alguna.

Como resultado de la sociedad de consumo, Olentzero se nos presenta como un hombre bonachón: elegante, vistiendo atuendo vasco, con cara de buen hombre y cariñoso con niñas y niños. Pero esta dulzura es muy contemporánea. De hecho, el Olentzero legendario, el último gentil, carbonero de oficio, era una criatura desagradable: sucia, borracha, insaciable y aterradora; los niños y niñas se escondían para no ver a Olentzero.

En busca de la igualdad de género, en 1994 se creó **Mari Domingi** en San Sebastián. El nombre ya aparecía en una canción popular, y de ahí se convirtió en personaje. Mari Domingi no es la mujer ni la ayudante de Olentzero. Es pastora y también se dedica a cultivar la tierra. Conoce muy bien el recorrido del sol y las fases de la luna así como el uso de las diferentes plantas medicinales. Olentzero y Mari Domingi viven en el monte. Sus casas están muy cerca y mantienen una larga amistad. Se ayudan mutuamente, aportando cada cual lo que sabe y lo que tiene. Antiguamente, en el solsticio de invierno, repartían carbón de casa en casa para ayudar a la gente de los pueblos a hacer frente al crudo invierno. Hoy en día, llegan en la misma época para, repartir juguetes, además de carbón. Muchos los hacen en casa porque son muy hábiles trabajando la madera.

Por lo tanto es igual escribir la carta a Mari Domingi o a Olentzero. Son personajes mitológicos mágicos y harán su trabajo en equipo.

En tiempos pasados, las personas tenían muy en cuenta la influencia del sol, la luna y las estrellas y vivían en conexión con la tierra. Sentían cerca la naturaleza, la respetaban y vivían en armonía. Olentzero y Mari Domingi son parte de todo ello.

